

Roberto Carlos Quezada Carrillo

Espejos lúdicos

Un juego de espejismos
se desboca, tropieza,
interrumpe el orden de mi biografía.

No hay unidad
más que la certeza
de no pertenecer,
de ser una idea en la orfandad
una idea enloquecida
un espejo lleno de astros mutilados.

No quiero escapar de mí
ni quiero dejar de ser mi inmolación
no quiero desalojarme del karma
meditado destino incorruptible.

Soy la nicotina
en los pulmones de Adán.

Es sólo un juego de espejismos.

La lluvia cae, cruel y fría. Me ahogo ante la imposibilidad de movimiento. Mi cuerpo rígido e inmóvil tiene que soportar esta precipitación que me aporrea sin piedad.

Mis ojos contemplan a las personas tratando de huir de la lluvia, escondiéndose bajo las marquesinas o los toldos de los puestos que hay en las banquetas.

El murmullo de la gente crece mientras la luz parpadea, el suministro eléctrico comienza a fallar al mismo tiempo que la tormenta arrecia su ataque contra la tierra.

Y en esta inmovilidad me pregunto, ¿la tierra reclama a la lluvia?, ¿la necesita?, no lo sé.

El tráfico se hace más denso, el pitar impetuoso y desmesurado de las bocinas me saca de mis pensamientos. Entonces la tristeza se apodera de mí, veo cómo la lluvia limpia el cielo, cómo limpia las calles y los edificios, a mí mismo incluso; pero esta misma agua no logra purificar el corazón de la gente, cual veneno la intoxica, es un repulsivo, un motivo más para sentir odio, para explotar y sacar sus más bajas pasiones, mi tristeza aumenta, daría tanto por ser como una de ellas, por tener la capacidad de amar, de sentirme amado, de hablar, de ser escuchado; mas sólo soy la obra de quien desconozco su naturaleza.

Un destello gigante rasga la noche, un rugido hace temblar los enormes ventanales de los edificios, un relámpago, un trueno, y también la gente que siente miedo; ellos se saben insignificantes a la furia de la naturaleza ... o de Dios.

Mis pupilas brillan, es lo más cercano a una sonrisa que pueda esbozar. Los veo correr, huir presos de angustia, llenos de temor. Sufren la ausencia de los suyos, de sus pertenencias, pero yo sé que ese dolor es más por la ausencia de conocer de todo la razón.

Dentro de ellos, las respuestas se abortan por no existir las preguntas; la lluvia no puede limpiar esas telarañas, no les puede dar esa claridad que hoy observo, mis ojos vuelven a brillar.

Siento compasión, no lástima; al menos ellos pueden tocar y sentir las cosas que yo, de alguna forma, sólo sospecho o intuyo.

A pesar de tener que soportar y sufrir las inclemencias del tiempo, valoro la situación en la que estoy, el brillo de mis ojos se hace mayor, mi tristeza, poco a poco se disipa al igual que la lluvia.

La luna brillará nuevamente y traerá otros demonios que serán mi perenne compañía. **||**